

# **El hacedor de titulares**

**Álex Oviedo**  
**Elena Sierra**

*“El oficio del periodismo consiste en molestar al poder”*  
**Pedro García Cuartango**

*“El buen periodismo debe desafiar a la gente,  
no sólo divertirla”*  
**Carl Berstein**

# LA ENTREVISTA

# 1

El periodista espera paciente, sentado en un sofá de esos que definen como clásicos, en el vestíbulo de un hotel del centro de la ciudad. A primera hora de la mañana le ha llamado el jefe de sección para decirle que ese mediodía entrevista a un escritor puntero. «Lo más de lo más», le ha asegurado. «Ahora no recuerdo cómo se llama, pero te dejo el libro en la redacción. Le echas un vistazo y le haces un par de preguntas. Tienes también un dossier en el que te vienen todos los datos. Publicamos mañana, sesenta líneas a doble espacio.»

Demasiada información, o muy poca, quién sabe. Lo único cierto es que el periodista ha recogido el libro: Gumersindo Gutiérrez, autor de éxito, veinte mil ejemplares vendidos a la semana de su publicación en Colombia. Desconoce cuántos miles más en un fin de semana en Estados Unidos. Un bombazo editorial como no se ha visto desde *El manuscrito tibetano*. El argumento se resume en veinticinco palabras: una historia sobre las FARC, con secuestros, muertes y sucesos de parecida índole teñidos de novela negra. O rosa, porque según el informe, al final la intrépida secuestrada acaba embarazada de uno de sus captores. El síndrome de Estocolmo llevado al extremo. Dicen que están en tratos para hacer una película, que producirá Spielberg, con Benicio del Toro en el papel del guerrillero y Charlize Theron como protagonista. Todo un elenco que va a hacer las delicias del público más exigente. Pero a Alberto Pilares todo eso le da igual. Ha llegado al hotel una hora antes, con el libro bajo el brazo y la idea de leerse al menos cincuenta páginas. No le ha gustado el título de novela barata: *La pasión dormida de la selva*. Ochocientos cuarenta y dos páginas de desenfreno selvático, muy al estilo de los *best se-*

*Ilers* americanos. Carne de éxito. Libro de tumbona y playa.

Hojea el desarrollo de la historia. Le parece maniquea en sus inicios, previsible. Abre varias páginas al azar y descubre la descripción algo detallada de una violación. Posteriormente un asunto de tráfico de drogas. Y párrafos enteros dedicados a describir el calor de la selva, las condiciones de vida, las miradas que dirige la protagonista al aguerrido mercenario. Le suena a conocido, pero no importa. Mañana saldrá la entrevista y a él le pagan por eso. Piensa en varias preguntas que se escapen de la tónica general del «¿cómo se le ocurrió la historia?» o «¿considera que puede llegarse a un acuerdo entre las FARC y el gobierno colombiano?». Y espera. Ve a otros compañeros que, como él, deambulan por el vestíbulo de hotel, con el libro bajo el brazo o con ejemplares de los periódicos en los que trabajan. No ve en cambio a Erika Doval, por lo que imagina que hoy no habrá entrevista a cuatro manos.

Luis Mari, el fotógrafo del medio, le pregunta por el entrevistado. Pilares le muestra la fotografía que decora la contraportada del libro. Una imagen de perfil de un rostro delgado, de piel cobriza y aspecto de haber escapado de la selva. Sobre su cabeza, un sombrero. Al estilo Cocodrilo Dundee, se dice. El mismo que luce cuando lo ven aparecer, acompañado de la agente de prensa. El fotógrafo sale disparado en busca de su presa. Ha dicho que el tío dará para buenas fotos. Se presenta, se lo lleva a un butacón, le pide que se suba en él como si cortara las hojas de un enorme árbol tropical. Y el autor de éxito se deja hacer, se quita el sombrero, mira a través del reflejo de un enorme jarrón de cristal, se desprende de su cazadora, la suelta sobre el suelo, se tumba en otro de los butacones, cabalga sobre un tercero. Así durante veinte minutos en los que Pilares mira el reloj repetidas veces para hacerle ver a su compañero que, a ese paso, no le va a dar tiempo a comer antes de ir a la redacción.

Finalmente, el fotero se despide y sale raudo del hotel. El escritor se acerca, enormes gotas de sudor decoran su frente por culpa de las posturas que le han obligado a escenificar. El periodista sabe que mañana sólo saldrá el perfil de un sombrero. Quizá sus ojos y parte de la nariz.

—Alberto Pilares, del diario *La Provincia*... —anuncia la agente. Se dan la mano, se sientan frente a frente, con la grabadora sobre la mesa; y por un segundo se pregunta si a su jefe le gustará esta vez el titular que ha decidido escribir. Piensa en el autor, al que aún le brilla el rostro.

—¿Un descanso? —sugiere. Y añade, en un intento de caer simpático—: Cuando Luis Mari se pone creativo logra retratos sorprendentes.

Gutiérrez niega con la cabeza y con un movimiento de su mano derecha le indica que todo va bien, que puede empezar con el interrogatorio.

—Imagino que estará cansado de responder siempre a las mismas preguntas. No quisiera hacerle una entrevista al uso... —avisa Pilares.

—Lo que prefieras —acepta el escritor.

—...sino mantener una especie de diálogo.

—Pero entonces también tendré derecho a preguntarte.

—¿Como si fuera un juego? —insinúa Pilares.

—Podríamos llamarlo así.

—Me apunto —dice. Enciende su grabadora y marca con un gesto serio que la entrevista va a dar comienzo—... Violaciones, tráfico de droga, la relación entre un secuestrador y su cautiva. Y todo ello con las FARC por el medio. ¿Ha buscado estos elementos como una forma de enganchar al lector?

El escritor se retrepa en el butacón. Pilares tiene en ese instante la sensación de que va a ser una buena entrevista. Lo ve en los ojos de su interlocutor, en sus brazos elevándose al cielo o en la sonrisa pícaro cuando le anuncia que la novela va a destapar muchas de las mentiras que se cuentan sobre las FARC. Que *La pasión dormida de la selva* sólo es el principio de algo mucho más grande.